

## LOS SANTOS, EL CIELO

Charla

Meditación



-Estamos en las cercanías de la Fiesta de Todos los Santos y de los Fieles Difuntos (que también son santos). Por eso me han pedido que hable de los “santos” y del “cielo”. Curiosamente, los santos y los fieles difuntos nos hacen mirar a las tumbas, al suelo; y también al cielo, a las estrellas. Y así debe ser. Son necesarias las dos miradas. En la liturgia preconiliar, el miércoles de ceniza se nos decía: *“memento homo, quia pulvis es et in pulvis reverteris”*. No te olvides de que eres “tierra, polvo, tumba, muerte y nada”. Pero, por otra parte, se nos ha regalado la vida eterna. Dios nos ha mirado con amor y se ha hecho el Emmanuel –el Dios con nosotros-. Los que habitábamos en la tiniebla, recibimos una gran Luz. “La Palabra se hizo hombre, acampó entre nosotros. A cuantos la han aceptado, los ha hecho capaces de hacerse hijos de Dios”. Así reza el prólogo del evangelio de San Juan. Por esto, también debemos mirar al cielo. Lo que empieza en la tierra debe terminar en el cielo. La patria definitiva del hombre es Dios.-

Esta paradoja de ser a la vez tierra y cielo, la expresa bellamente Pemán en estos versos: *“Soy luz y barro del suelo, // soy el polvo y el anhelo // puestos en perpetua guerra. // Soy un poquito de tierra // que tiene afanes de cielo”*.

En esta charla, si os parece, vamos a caminar desde la tierra hasta el cielo. A esto San Buenaventura (santo y sabio franciscano del S. XIII, lo llamaría *“Itinerarium mentis in Deum”* (camino o recorrido del alma hacia Dios).

Vamos a fijarnos, para empezar, en las

### **Señales de madurez humana y espiritual:**

- La primera es **el deseo, el hambre de Dios**, o lo que es igual, el deseo o hambre del cielo; el cielo, por supuesto, es Dios. Todos los santos, sin excepción, vivieron hambrientos de Dios.

- Otra señal de madurez humana y espiritual es **la intimidad con el Señor Jesús**. Tener una relación “fuerte” con Él. Vivir su vida y su verdad y caminar tras sus huellas. *“Yo soy el camino, la verdad y la vida”*, nos ha dicho el Señor. Y también: *“Quien me sigue, no anda en tinieblas”*. La fe viva se manifiesta en el “seguimiento” del Señor; en convertir la vida en un diálogo de amor con Él.
- **La experiencia de Dios que tengamos** es también signo de nuestra madurez espiritual. Porque el cielo ya ha comenzado: *“Quien me ve a mí ve al Padre”*. *“Si alguien me ama, guardará mi Palabra y mi Padre le amará y vendremos a él y haremos morada en él”*. (Juan.) *“Sois templos del Espíritu Santo”* (S Pablo). *“Dios se ha construido un templo de piedras vivas, que sois vosotros”*. (S Pedro). *“Vivo yo, mas no yo, sino que es Cristo quien vive en mí”*. (S Pablo) El cielo ya está aconteciendo aquí en la tierra (cfr. Luc. 10,10; Flp. 4,3; Apoc 20,15). Su plenitud, con todo, todavía está por venir. La ceguera, o por el contrario, la conciencia clara y la vivencia de esta realidad es índice de la madurez espiritual. Estamos en el **“ya, pero todavía no”**. Tenemos “la vida eterna”, pero aún “no se ha desplegado plenamente”. Somos el “pueblo redimido que en la Pascua nació”, como dice la canción litúrgica. Hemos pasado el Mar Rojo, pero aún no residimos en la Tierra Prometida. Aún estamos atravesando el desierto de esta vida, a la intemperie del pecado, del dolor y de la muerte.
- Y una señal más de madurez espiritual es **“la sabiduría de la Cruz”**. Igual que el Señor, nosotros, *“por la Cruz, llegaremos a la Luz”*. La cruz es, ciertamente, un patíbulo, un instrumento de sufrimiento y muerte; la vida nos presenta continuamente situaciones de dolor, cruces. Pero Cristo y el cristiano asumimos la Cruz como ocasión de *“entrega total en el amor”, como “donación completa y vaciamiento de sí mismo”, como “apertura sin límites a Dios y al hermano”*. El paso por la Cruz nos lleva a la Resurrección, a la nueva vida en Dios. Al despliegue completo de la “vida eterna” que se nos regaló en el bautismo y que está llamada a crecer como “el grano de mostaza”.

Pero a la madurez no llegamos de golpe. Ayudados por la gracia, o para decirlo mejor, impulsados por el Espíritu de Jesús, el Espíritu Santo, **vamos creciendo** poco a poco. **Vamos haciendo el camino hacia Dios**. De este itinerario han hablado santos y hombres espirituales. Santa Teresa lo explica en el libro que titula “Las moradas”. San Juan de la Cruz lo presenta como una ascensión, “La subida al monte Carmelo”.

El teólogo, filósofo y pastor protestante danés, Sören Kierkegaard, habla de tres estadios o modos de existencia (etapas en el camino hacia Dios). Al primero, que es de inmadurez, lo llama **“estadio estético”**. En el estadio estético, la persona vive bajo la **fascinación** de los encantos de la vida. Centra su interés en el cuerpo y en los placeres. Vive prisionero del “sentido de la tierra”, o lo que es igual, Dios cuenta poco en su vida. Su corazón, lleno de cosas, casi no tiene sitio para Dios.

Del estadio estético, cuando se madura, se puede pasar al **“estadio ético”**. Ahora, el dinamismo de la persona ya no gira entorno al cuerpo y los placeres. Se busca la felicidad y la realización personal en los valores, en el bien. El modo de ser de quien vive en este estadio tiene parecido con la figura de Prometeo y con la historia de Babel. Se confía en el propio poder para “llegar hasta el cielo”, para construir la propia felicidad. Se siente autosuficiente y tiene la sensación de poder prescindir de Dios. Se intenta construir la propia vida y contribuir al desarrollo de la historia contando con la propia inteligencia y el propio esfuerzo. Dios puede estar en el horizonte del que vive en el estadio ético, pero lejos y desdibujado. El trájín cotidiano está invadido por cosas, proyectos, actividades, relaciones personales... en los que Dios cuenta muy poco. Hasta que llega el *cansancio* y el *desencanto*. Las cosas, las empresas, las mismas personas, no llenan el corazón y cuando se toma distancia suficiente de ellas, se descubre que eran **“como juguetes”** que nos entretenían.

No es tan clara la frontera que separa una “herramienta” de un “juguete”. Tantas veces ambas cosas se confunden. Con frecuencia, lo que fue en un tiempo herramienta, termina convirtiéndose en juguete y al revés. Cada época de la vida tiene sus juguetes: la infancia, los

suyos (muñecas y cochecitos); la juventud, los suyos también (formación, títulos, amores...) y los propios del adulto suelen ser el trabajo, las responsabilidades familiares, laborales, sociales, hacer dinero, prestigio, poder... y tantas cosas más, dejando a Dios en la penumbra y levantando Babels de papel.

El jugar y los juguetes no son malos. Los juguetes, a la vez que recrean, ayudan a crecer. Pero, pasado su momento, deben dejarse. La vida del juguete, o mejor dicho, nuestra relación con el mismo tiene tres tiempos: el “embeleso” de nada más estrenarlo, la “saturación” que va produciendo el uso repetido y, finalmente, el “**desencanto**”, cuando el juguete ya no cubre nuestras necesidades, porque hemos crecido, y es preciso abandonarlo.

Es bueno que al crecer y al madurar en la vida, vayamos experimentando el “**desencanto**” de tantas realidades-juguete. El desencanto puede producir “**amargura**” y “**abatimiento**”, pero también puede ayudarnos a “**tomar distancia**” de la agitación y del ruido y de la superficialidad en que vivíamos y, además, nos puede ayudar a “**encontrarnos con nosotros mismos**”, “**a buscar solidez y consistencia para nuestra vida**” y a sentir la “**necesidad de Dios**”. Seguramente esta es la experiencia que refleja San Agustín cuando escribe: “*Sero te amavi, pulchritudo tam antiqua et tam nova! Sero te amavi! Et ecce intus eras et ego foris, et ibi te quaerebam et in ista formosa, quae fecisti deformis irrueram. Mecum eras, et tecum non eram*”... (Config. X, 6, ): “¡Tarde te amé, hermosura siempre antigua y siempre nueva! ¡Tarde te amé! Y he aquí que Tú estabas dentro de mí, pero yo estaba fuera, y hambriento te buscaba en la hermosura de las cosas que Tú creaste. Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo... Me retenían lejos las cosas. No te veía ni te sentía, ni te echaba de menos. **Mostraste tu resplandor y pusiste en fuga mi ceguera. Exhalaste tu perfume y respiré y suspiro por Ti. Gusté de Ti y siento hambre y sed. Me tocaste y me abrasó tu paz.**”

En la Palabra de Dios y en la literatura, palabra de hombres, tenemos un amplio elenco de **expresiones de desencanto** que preparan el paso del alma al tercer estadio que nombra Kierkegaard: el

**“estadio religioso”**. Valgan como ejemplo de expresiones de desencanto las siguientes:

- *“Vanidad de vanidades, todo es vanidad. ¿Qué saca el hombre de toda la fatiga con que se afana bajo el sol?” (Eclesiastés, 1, 1-5).*

En mi pueblo se citaba con frecuencia este pensamiento del Eclesiastés, aunque sin saberlo, con la expresión *“todo es mentira”*; es decir, las cosas prometen más de lo que dan. Después de probar cualquier realidad, se tiene la sensación de “vacío”, de “desencanto”, y hasta de haber sido “engañado”, porque no recibimos de ella la felicidad y la plenitud que suponíamos que iba a darnos. Ramón de Campoamor, en los versos que titula “Cantares”, llega a decir con bastante humor y acierto:

*“Ten paciencia, corazón, // que es mejor, a lo que veo, // deseo sin posesión // que posesión sin deseo”. Y en otra estrofa añade: “¡Qué hermoso es lo creado! // ¡La tierra, el mar, la bóveda estrellada! // Mas después de bien visto y bien pensado, // ¿para qué sirve todo? Para nada.” //*

“Todo es mentira”, nada es suficiente, nada consigue llenar las apetencias del corazón. Bellamente lo expresa la famosa sentencia de San Agustín: *“Nos hiciste, Señor, para Ti y nuestro corazón no descansa sino en Ti”*.

- Si nos vamos al siglo XVII, en la pintura barroca encontramos las famosas **“Vanitas”**. Cuadros que representan la “vanidad”, el vacío de tantas cosas que anhelamos (riqueza, poder, prestigio...) y que están regidas por el poder de la muerte y su lugar definitivo es el sepulcro. “Vanidad de vanidades, todo vanidad”.
- Calderón, otro hombre del barroco, nos retrata la vanidad de la vida en estos versos consagrados:

*“ ¿Qué es la vida? Un frenesí. // ¿Qué es la vida? Una ilusión, // una sombra, una ficción. // y el mayor bien es pequeño. // **Que todo en la vida es sueño // y los sueños sueños son**”.*

El sueño no tiene consistencia, sólo tiene realidad mental; lo que en él ocurre es ficción. Pues esto es la vida, según Calderón. El

hombre del barroco tenía un acentuado deseo de plenitud, es decir, de Dios y desde esta perspectiva comprendía muy bien la “vanidad e inconsistencia” de este mundo.

- La piedad cristiana medieval inventó la oración de la Salve. En ella confesamos estar en esta tierra como en un “valle de lágrimas y un destierro”: *“A ti llamamos los desterrados hijos de Eva, a ti suspiramos gimiendo y llorando en este valle de lágrimas”*.

Hoy, bajo las expresiones *“sociedad del bienestar”* y *“calidad de vida”*, nos decimos, y hasta conseguimos convencernos de ello, que esta tierra es el único mundo que tenemos y que hemos conseguido convertirla en un cielo. Las “crisis”, hoy sufrimos una, a veces nos despiertan de este fatal sueño. No hay crisis que por bien no venga.

- Un hombre del siglo XIV, cuando la Edad Media se despereza para entrar en el Renacimiento, Jorge Manrique, ante la muerte, ante la muerte de su padre, se dice a sí mismo y nos dice a los demás:

*“Ved de cuán poco valor // son las cosas tras que andamos // y corremos, // que en este mundo traidor // aun primero que muramos, // las perdemos. // De ellas deshace la edad, // de ellas, casos desastrados // que acaecen. // De ellas, por su calidad, // en los más altos estados // desfallecen. “*

Y añade: *“¡Cuán presto se va el placer! // ¡Cómo después de acordado // da dolor...!”//*

“Las cosas tras que andamos y corremos, a las que se refiere Manrique, son sin duda *la juventud y la belleza física, el dinero, los honores y el poder, junto con el placer que proporcionan.*

*“Durante la juventud y la primera madurez, con la exuberancia que las caracteriza, se ve casi solamente la primera faceta de lo que somos: “imágenes de Dios”, seres dotados de inteligencia, libertad, capacidad de amar y de hacer el bien... y por ello, estamos tentados de sentirnos autosuficientes, semidioses...*

*Como Prometeo y la gente de Babel creemos poder construirnos el cielo con nuestras propias manos.*

*Los años, las arrugas, las goteras en la salud, la pérdida de seres queridos, la experiencia del fracaso y de nuestros verdaderos límites... nos llevan al realismo y a la humildad de **sentir la necesidad de salvación**. Y así nos preguntamos:*

***¿Quién podrá dar sentido a nuestra vida?***

***¿Quién nos librerá del mal, del dolor y de la muerte?***

***Necesitamos salvación, necesitamos un Salvador***".

Y desde la **"noche oscura"** de la experiencia de nuestra propia inconsistencia y vacío se llega al **"deseo de Dios"**. Se cambia **"el sentido de la tierra"**, usando una expresión de Nietzsche, por el **"sentido de lo eterno, del cielo, de Dios"**.

Sucede algo parecido a lo que se experimenta en los terremotos: vibra el suelo bajo nuestros pies y nos tambaleamos por fuera, pues perdemos el equilibrio, y también por dentro, psicológicamente, pues lo que era nuestra seguridad y garantía, el sitio donde pisábamos fuerte, se convierte de repente en una amenaza. El texto de Isaías 40, 6-8, describe muy bien este tránsito de basar la vida en sí mismo y en los poderes que da la tierra, a poner el fundamento en Dios:

*"Toda carne es como hierba y toda su gloria como flor del campo. Sécase la hierba, marchítase la flor, cuando sobre ella pasa el soplo de Yavé. Sécase la hierba, marchítase la flor, pero la palabra de Dios permanece para siempre".*

Y así llegamos al tercero de los estadios que cita Kierkegaard: **"el estadio religioso"**. Es el estadio de la madurez espiritual. En este estadio se desarrolla el sentido de Dios. Se toma a Dios en serio y se valora y ama el mundo y esta vida desde Dios.

No es sano ni es cristiano **"despreciar"** el mundo y menos aún, hacer asco de él. En el relato de la creación se dice que Dios **"se recreó en su obra"**, porque era buena. Lo que recrea a Dios no puede ser motivo de

rechazo ni de huída para un cristiano. Los místicos aman y gozan el mundo **en** Dios y **con** Dios. Teilhard de Chardin confiesa que la creación es para él no sólo una “epifanía” (manifestación de Dios), sino una “*diafanía*” (un cristal transparente a través del cual se ve a Dios). Bella es la metáfora de E. Barret Browning, cuando dice: *“La tierra está llena de cielo, y todas las zarzas arden de Dios; pero sólo el que ve se quita las sandalias; los demás se sientan al lado y cogen las moras”*. *“Amad a los animales, amad a las plantas, amadlo todo. Si amáis cada cosa, comprenderéis el misterio de Dios en las cosas”*, enseñaba Dostoyewski en los “Hermanos Karamazov”. Entonces empezaremos a comprender cómo Dios es todo en todas “las cosas.

En este nivel de desarrollo espiritual se intensifica el hambre de Dios y de deseo del cielo. Los versos que antes he citado de Pemán lo expresan con el término **“afán”**.

*“Soy luz y barro del suelo.  
Soy el polvo y el anhelo  
Puestos en perpetua guerra.  
**Soy un poquito de tierra  
Que tiene afanes de cielo”**.*

El hombre necesita a Dios para ser él mismo. Somos ciertamente “polvo” de la tierra, pero también “afán de cielo”. No hay que negar la tierra urgidos por el afán del cielo, pero tampoco podemos traicionarnos y quedarnos alicortos renunciando al cielo, enseña el *Catecismo de la I.C.* (nº 1024). Otra vez viene Jorge Manrique a recordarnos que:

*“Este mundo bueno fue  
si bien usásemos de él  
como debemos,  
pues según nuestra fe  
es para ganar aquel  
que atendemos”*.

El afán de cielo y el hambre de Dios de quien ha madurado en la fe lo expresan especialmente bien los místicos y, destacando entre ellos, Santa Teresa de Jesús cuando escribe:

*“Vivo sin vivir en mí, // y tan alta vida espero, // que muero porque no muero”*.



Para el creyente en el Señor Jesús, la muerte deja de ser el paso a la nada, y se convierte en el gozoso paso a la vida en plenitud. Desaparece el miedo a la muerte y, como se ve en los versos de Santa Teresa, el deseo de Dios reviste y dulcifica la realidad de la muerte. José Luis Martín Descalzo lo deja muy claro en estos versos:

*“Morir sólo es morir. Morir se acaba. // Morir es una hoguera fugitiva. // Es cruzar una puerta a la deriva // y encontrar lo que tanto se buscaba.// Acabar de llorar y hacer preguntas; // ver al Amor sin enigmas ni espejos; //descansar de vivir en la ternura; // tener la paz, la luz, la casa juntas // y hallar, dejando los dolores lejos, // la Noche-luz tras tanta noche oscura”.*

Santa Teresa del Niño Jesús dejó escrito: *“Yo no muero, entro en la vida”*. Al morir, decía Franklin, acabamos de nacer, y San Agustín llama al día en que morimos *“Dies natalis”, “día séptimo, de descanso y de plena realización, el día del cumplimiento de la esperanza: “Dies septimus nos ipsi erimus”*. Por eso mismo también es el verdadero *“Dies natalis*. Más explícitamente, el prefacio de la misa de difuntos proclama: *“la vida de los que en ti creemos, Señor, no termina, se transforma; y, al deshacerse nuestra morada terrenal, adquirimos una mansión eterna en el cielo”*.

*“Los cristianos tenemos futuro: no conocemos los pormenores de lo que nos espera, pero sabemos que la vida, en su conjunto, no acaba en el vacío. La puerta oscura del tiempo, del futuro, ha sido abierta de par en par. Quien tiene esperanza vive de otra manera; se le ha dado una vida nueva”*. –Benedicto XVI, Spe salvi- Sobre esto mismo ver: *Efes. 1, 17-23 y 1 Tes. 4, 13*.

Vive en madurez espiritual quien vive la vida como un *“diálogo amoroso con Dios”*; quien convierte cada instante en un *“encuentro amoroso”* con Dios, con el hombre y con la creación”. Esto es estrenar ya aquí el cielo. Desde esta altura hagamos ya la gran pregunta :

## **“¿Qué es el cielo?”**

- En primer lugar, **“el cielo es un regalo”**:

*¿Tiene sentido la expresión: “Hacer méritos para el cielo”?* No hay mérito humano ni moneda que pueda comprar el cielo. El cielo es Dios que se regala, no por nuestros méritos, sino porque Él es bueno. “Con la sangre preciosa de Cristo habéis sido rescatados”, dice San Pablo.

Por eso San Pablo nos invita a dar gracias a Dios Padre (“qui eripuit nos de potestate tenebrarum y transtulit in Regnum Filii dilectionis suae, in quo habemus redemptionem per sanguinem eius, remissionem peccatorum”). Col. 1, 13-14. (“que nos rescató de las tinieblas y nos trasladó al Reino de su Hijo querido, en quien tenemos la redención por su sangre, la remisión de nuestros pecados”).

La tarea del hombre no es hacer méritos para comprar el cielo. San Ignacio de Loyola dice en el “Principio y Fundamento de su libro de “Exercicios Spirituales” que “El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor, y mediante esto salvar su ánima”. Yo prefiero decirlo de esta manera: “la tarea del hombre en esta vida no es otra que la de crecer y así, hacerse cada vez más apto para recibir a Dios. Crecemos amando. Amando nos hacemos aptos para Dios, nos divinizamos. Puesto que Dios se nos da, nuestra tarea consiste en recibirle, en abrirnos a Él en un “sí” confiado y total, como María.

Pero el Señor nos ha dicho que “sin Mí no podéis hacer nada”. Por eso nos envía al Paráclito, al Espíritu Santo. Él cambiará nuestro corazón, es decir, “nos hará hombres nuevos”, capaces de amar, de sentirnos hijos y de gritar a Dios: “¡Abba, Padre!, y de sentirle como tal. Así que ni ganamos el cielo, ni vamos al cielo, sino que el cielo, Dios, irrumpe en nosotros, nos penetra y plenifica, hasta donde somos aptos, crecidos y maduros para recibirlo. ¡Qué dos bellas formas de orar, movidos por el Espíritu, éstas: **“¡Abba, Padre!”** y **“¡Ven, Señor Jesús!”**. Con la primera reconocemos que el cielo ya se nos ha dado, pues hemos sido hechos hijos de Dios. Con la segunda rogamos que lo que “ya es” en estado incipiente, tenga pronto su “desarrollo y plenitud”.

- Vivir el cielo **“en la esperanza”** del “ya, pero todavía no”:

*“El acto de esperanza se caracteriza, ante todo, por una actitud de receptividad y de apertura frente al bien hacia el que el sujeto tiende, un*

bien cuya actualización no depende de sus propias fuerzas. La esperanza está ligada a una metafísica del don, en la que el objeto esperado se ofrece al sujeto”. Así se expresa Bernard N. Schumacher en “Una filosofía de la esperanza: Josef Pieper”, p 83-

El salmo 15 expresa muy bien nuestra esperanza basada en la fe:

*“Tengo siempre presente al Señor; con él a mi derecha no vacilaré. Por eso se me alegra el corazón, exulta mi lengua y mi carne descansa esperanzada. Porque no me entregarás a la muerte, ni dejarás a tu fiel conocer la corrupción. **Me has enseñado el sendero de la vida, me saciarás de gozo en tu presencia**”.*

*“El Señor es mi pastor, nada me falta... Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo...” (Salmo 22, 1-4). “El verdadero pastor es Aquel que conoce también el camino que pasa por el valle de la muerte; Aquel que incluso por el camino de la última soledad, en el que nadie me puede acompañar, va conmigo guiándome para atravesarlo: Él mismo ha recorrido este camino, ha bajado al reino de la muerte, la ha vencido, y ha vuelto para acompañarnos ahora y darnos la certeza de que, con Él, se encuentra siempre un paso abierto. Saber que existe Aquel que me acompaña incluso en la muerte y que con su vara y su cayado me sosiega, de modo que nada temo (Sal. 22, 4), era la nueva “esperanza” que brotaba en la vida de los creyentes”. –Benedicto XVI, Spe salv, nº 6-*

*“La virtud de la esperanza es un don que puede ser aceptado o rechazado: es precisamente aquí donde se sitúa el misterio de la libertad y de la posible desesperación. La capacidad de recibir un don es esencial a la condición contingente del ser humano. El don, que tanto debe ser dado como recibido”. –Idem pp 118-119-*

*“Vivir en el cielo es “estar con Cristo” (cf. Jun 14, 3; Flp 1, 23; 1 Ts 4, 17). Los elegidos viven “en Él”, aún más, tienen allí, o mejor, encuentran allí su verdadera identidad, su propio nombre. (cf Ap 2, 17)” .*

*“Pues la vida es estar con Cristo; donde está Cristo, allí está la vida, allí está el reino” (San Ambrosio). -del Catecismo de la I.C., nº 1025 –*

La vida eterna empieza en cuanto nos encontramos con Cristo, va más allá de la muerte y no tendrá fin. Al final de los tiempos el Reino de Dios llegará a su plenitud. La Sagrada Escritura llama “cielos nuevos y tierra nueva” a esta renovación misteriosa que transformará la humanidad y el mundo.

*“Ignoramos el tiempo en que se hará la consumación de la tierra y de la humanidad. Tampoco conocemos de qué manera se transformará el universo. La figura de este mundo, afeada por el pecado, pasa, pero Dios nos enseña que nos prepara una nueva morada y una nueva tierra donde habita la justicia, y cuya bienaventuranza es capaz de saciar y rebasar todos los anhelos de paz que surgen en el corazón humano. Entonces, vencida la muerte, los hijos de Dios resucitarán en Cristo, y lo que fue sembrado bajo el signo de la debilidad y de la corrupción, se revestirá de incorruptibilidad, y, permaneciendo la caridad y sus obras, se verán libres de la servidumbre de la vanidad todas las criaturas que Dios creó pensando en el hombre.*

*La espera de una tierra nueva no debe amortiguar, sino más bien avivar, la preocupación de perfeccionar esta tierra, donde crece el cuerpo de la nueva familia humana, el cual puede de alguna manera anticipar un vislumbre del siglo nuevo. (...) Los bienes de la dignidad humana, la unión fraterna y la libertad; en una palabra, todos los frutos excelentes de la naturaleza y de nuestro esfuerzo, después de haberlos propagado por la tierra en el Espíritu del Señor y de acuerdo con su mandato, volveremos a encontrarlos limpios de toda mancha, iluminados y transfigurados, cuando Cristo entregue al Padre el reino eterno y universal: reino de verdad y de vida; reino de santidad y gracia; reino de justicia, de amor y de paz. **El reino está ya misteriosamente presente en nuestra tierra; cuando venga el Señor, se consumará su perfección**”. (G.Spes nº 39).*

*“La fe en la resurrección de los muertos y en la esperanza en la vida eterna abren nuestra mirada al sentido último de nuestra existencia: Dios ha creado al hombre para la resurrección y para la vida, y esta verdad da la dimensión auténtica y definitiva a la historia de los hombres, a su existencia personal y a su vida social, a la cultura, a la política, a la economía. Privado de la fe todo el universo acaba encerrado dentro de un*

*sepulcro sin futuro, sin esperanza". Así se expresa el Papa Benedicto en su mensaje para la Cuaresma del 2011. Y en la encíclica "Spe salvi", nº 7, el mismo Benedicto XVI añade: "La fe no es solamente un tender de la persona hacia lo que ha de venir, y que está todavía totalmente ausente; la fe nos da algo. Nos da ya ahora algo de la realidad esperada, y esta realidad presente constituye para nosotros una "prueba" de lo que aún no se ve. Ésta atrae al futuro dentro del presente, de modo que el futuro ya no es el puro "todavía-no". El hecho de que este futuro exista cambia el presente; el presente está marcado por la realidad futura, y así las realidades futuras repercuten en las presentes y las presentes en las futuras".*

*"En el interior del mundo arde ya el fuego de Dios", dice bellamente y con verdad Karl Rahner. "El Señor resucitó en su cuerpo. Y eso quiere decir que empezó ya a transformar el mundo, aceptó este mundo para siempre, nació de nuevo como hijo de la tierra, pero ahora de la tierra glorificada, liberada, sin límites, de la tierra que en él quedó confirmada y eternamente redimida de la muerte y de lo perecedero. Resucitó no para mostrar que abandonaba definitivamente el sepulcro de la tierra, sino para demostrar que precisamente este sepulcro de los muertos –el cuerpo y la tierra- lo ha transformado él definitivamente en la casa gloriosa e inmensa del Dios viviente y del alma, henchida de Dios, del Hijo. No resucitó para evadirse de la choza de la tierra. En efecto, tiene aún –y lo tiene definitivamente glorificado- el cuerpo que es un trozo de la tierra, un trozo que le sigue perteneciendo como parte de la realidad y destino de la tierra. Resucitó para revelar que, por su muerte, la vida de la libertad y de la bienaventuranza queda eternamente infusa en la estrechez y el dolor de la tierra, en medio de su corazón. (...)*

*Ya operan desde el corazón del mundo, al que descendió por la muerte, las nuevas fuerzas de una tierra glorificada; ya están vencidos en lo más íntimo de la realidad lo perecedero, el pecado y la muerte, y sólo es menester un breve tiempo, que llamamos "historia después de Cristo", para que aparezca dondequiera, y no sólo en el cuerpo de Jesús, lo que propiamente ya ha acontecido. (...)*

*Resucitó porque conquistó y redimió para siempre por la muerte el núcleo más íntimo de todo ser terreno. Y, resucitado, lo ha conservado. Y así ha permanecido. Si confesamos que subió a los cielos de Dios, eso es sólo decir de otro modo que nos quita por un poco de tiempo la visibilidad de su humanidad glorificada y, sobre todo, que no hay un abismo entre Dios y el mundo”.*

*Cristo está ya en las pobres cosas de esta tierra: en la expectación sin nombre de toda la creación, en la historia de la tierra, en todas las lágrimas y en toda muerte, como el júbilo oculto y la vida que vence cuando parece morir. Él está en el mendigo, en nuestras derrotas, en nuestra impotencia, en medio del pecado, y lo está como la ley más secreta y la más íntima esencia de todas las cosas, que triunfa y se impone, aun cuando todo parece disolverse. Está con nosotros como la luz del día y el aire, como el corazón de este mundo terreno, como sello secreto de su validez eterna.*

*“Él tiene que hacer saltar también en pedazos el sepulcro de nuestro corazón. Tiene que resucitar también del centro de nuestro ser, donde está como fuerza y promesa. Allí está aún de camino. Allí es un sábado santo hasta el último día, que será la pascua universal del cosmos. Y este resucitar se da bajo la libertad de nuestra fe. Aún así, es obra suya; pero obra suya que se cumple como nuestra: como obra de la fe que ama, que nos introduce en la marcha grandiosa de toda la realidad terrena hacia su propia gloria, que ha comenzado ya en la resurrección de Cristo.” (K. Rahner).*

El texto de San Pablo (1 Cor 15, 20-28): todo le será sometido a Cristo, incluso la muerte y Dios será todo en todo, “nos ofrece la certeza en la esperanza de que Dios enjugará toda lágrima, que nada quedará sin sentido, que toda injusticia quedará superada y establecida la justicia. La victoria del amor será la última palabra de la historia del mundo.

*Como actitud de fondo para el “tiempo intermedio”, a los cristianos se les pide la vigilancia. Esta vigilancia significa, de un lado, que el hombre no se encierre en el momento presente, abandonándose a las cosas tangibles, sino que levante la mirada más allá de lo momentáneo y sus*

*urgencias. De lo que se trata es de tener la mirada puesta en Dios para recibir de Él el criterio y la capacidad de obrar de manera justa.*

*Por otro lado, la vigilancia significa sobre todo apertura al bien, a la verdad, a Dios, en medio de un mundo a menudo inexplicable y acosado por el poder del mal. Significa que el hombre busque con todas las fuerzas y con gran sobriedad hacer lo que es justo, no viviendo según sus propios deseos, sino según la orientación de la fe". (Benedicto XVI en "Jesús de Nazaret", p 333 y ss).*

- ***"Ni el ojo vio ni el oído oyó, ni es posible a la lengua humana expresar lo que Dios tiene reservado a sus santos":***

La palabra humana es tan poco útil para hablar de Dios como lo pueden ser los números para expresar sentimientos. Por eso San Pablo, en la cita que precede opta por el silencio. El silencio muchas veces es la mejor forma de hablar (ante el dolor, ante el misterio de Dios...).

*"Ante el cielo deberíamos callar, Dice Leonardo Boff. Estamos ante la absoluta realización humana. Ya no nos encontramos en el umbral sino dentro de la casa del amor y en la patria de la identidad. Todo cuanto el hombre soñó, todo lo que sus utopías le proyectaron, todo lo que estaba escondido en su naturaleza y que se retorcía por salir a la luz, ahora brota y florece. El 'homo absconditus' emerge al fin totalmente como 'homo revelatus'. Lo aún no experimentado y siempre anhelado, lo aún no encontrado y siempre buscado, el descanso permanente en el grado más alto de concentración de todas las actividades, la identidad última consigo mismo en unión con el Misterio inefable de Dios y la presencia íntima de todas las cosas sin residuo alguno de alienación: todo ello ha llegado por fin a su máxima convergencia. 'Lo que nunca ojo vio ni oído oyó, ni jamás penetró en el corazón del hombre, es lo que Dios ha preparado para los que lo aman' (1 Cor 2,9) El cielo es la convergencia final y completa de todos los deseos de ascensión, realización y plenitud del hombre en Dios". (L. Boff, en "hablemos de la otra vida", p73-74)*

Si la Palabra se hizo carne y nos dio a conocer a Dios , a quien nadie ha visto jamás, podemos respetuosamente intentar decir desde nuestra oscuridad, pero a la luz de Cristo resucitado, cómo es el cielo, la vida eterna, que en Cristo está plenamente desplegada y en nosotros está como germen que puja hacia su plenitud. Y así, decimos que:

- *Puesto que Dios es la Vida, el **cielo es vida en plenitud, “vida eterna”***:

Tal vez sea ésta la expresión más usada en la Biblia, para designar el cielo (Mat. 19, 16; 29; 25, 46; Jn. 3, 16; 6, 27; 10, 28; 17, 3; Rom. 2, 7; 6, 22; Gal. 6, 8; Tit. 1, 2; 3, 7; 1 Jn. 2, 25). La vida es el don por excelencia. El mayor milagro: ¡Yo existo! Vivir es pura gratuidad. La vida que vivimos es precaria, constantemente amenazada... La eternidad pretende ser expresión, no de un tiempo indefinido, sino de la plenitud y de la absoluta perfección de un ser. Por eso la eternidad es la manera de ser propia de Dios. El cielo consiste en poder vivir la vida de Dios, que en consecuencia será una vida perfecta, plena y totalmente realizada”. (L Boff en “Hablemos de la otra vida”, p 82).

Benedicto XVI enseña que *“la expresión vida eterna no significa la vida que viene después de la muerte, en contraposición a la vida actual, que es ciertamente pasajera y no vida eterna. “Vida eterna” significa la vida misma, **la vida verdadera**, que puede ser vida también en este tiempo y que después ya no puede ser rebatida por la muerte física. Esto es lo que realmente interesa: abrazar ya desde ahora “la vida”, la vida verdadera, que ya nada ni nadie puede destruir”*. (Ídem, p 102)

*“El que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre” (Jn 11, 25 ss)*. “Viviréis porque yo sigo viviendo, dice Jesús a sus discípulos durante la Última Cena (Jn 14, 19), enseñando con ello una vez más que lo característico del discípulo de Jesús es que “vive”; que él, mucho más allá del simple existir, ha encontrado y abrazado la verdadera vida que todos andan buscando. Basándose en estos textos, los primeros cristianos se han denominado sencillamente como “los vivientes” (*hoy zontes*”). Ellos habían encontrado



lo que todos buscan: la vida misma, la vida plena y, por tanto, indestructible. (...)

El hombre encuentra la “vida eterna” a través del “conocimiento”. No obstante, ha de tenerse en cuenta que el concepto veterotestamentario de “conocer” presupone un conocimiento que crea comunión, es hacerse una sola cosa con lo conocido. Por eso, la clave de la vida no es un conocimiento *cualquiera*, sino el hecho de “que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado Jesucristo” (17,3).

Dios se hace accesible en quien ha enviado, Jesucristo: en el encuentro con Él se produce ese conocimiento de Dios que se hace comunión y, con ello, llega a ser “vida”. La “vida eterna” es por tanto un **acontecimiento relacional**. El hombre no la ha adquirido por sí mismo, ni sólo para sí. Mediante la relación con quien es Él mismo la vida, también el hombre llega a ser un viviente”. (Benedicto XVI en Jesús de Nazaret, pp 103-104)

- *El cielo es la **superación de toda forma de pecado y de alienación**:*

En el cielo “todo lo que aliena al hombre queda vencido. Como dice el Apocalipsis, no habrá más dolor, ni luto, ni llanto, ni muerte (Apoc. 21, 4), ni se pasará más hambre, ni sed, ni la naturaleza volverá a hacer daño (Apoc. 7, 16), sino que habrá un nuevo cielo y una nueva tierra (Apoc. 21, 5). El cielo anunciado por la fe cristiana se sitúa en el horizonte de la comprensión utópica: es la absoluta y radical realización de todo lo que es verdaderamente humano, dentro de Dios”. Leonardo Boff en “Hablemos de la otra vida”, p 21).

- *El cielo es **la realización humana absoluta**:*

“El cielo realiza al hombre en todas sus dimensiones: la dimensión orientada al mundo en cuanto presencia e intimidad fraterna con todas las cosas, la dimensión orientada al otro en cuanto comunión y hermanación perfecta, y la dimensión orientada a Dios en cuanto unión filial y acceso definitivo a un encuentro último con el amor. El cielo en cuanto encuentro

quiere decir que el hombre, en la medida en que se abre cada vez más hacia nuevos horizontes divinos y humanos, se encuentra también más consigo mismo y constituye, junto con aquel a quien ha encontrado, una comunión vital.

Todo eso en la tierra lo podemos soñar y suspirar por ello, pero nunca lo vemos realizado de manera permanente y duradera.” (75) (...) “Como decía San Ignacio de Antioquía en el s. II (+ 107): “cuando llegue allá (al cielo), entonces seré hombre”. Sólo en el cielo seremos hombres tal como Dios nos quiso desde toda la eternidad, como imagen y semejanza perfecta de él (Gén 1, 26)”. (Boff, Idem, p 75 – 76)

La palabra cielo quiere simbolizar la absoluta realización del hombre en cuanto sacia su sed de infinito. El cielo es simplemente sinónimo de Dios y, para el Nuevo Testamento, de Jesucristo Resucitado.

- **El cielo ha de entenderse como patria y hogar de la identidad:**

“Dios no crea otra realidad (un nuevo cielo y una nueva tierra), sino que hace nueva la vieja. Y la hace nueva llevando a su plenitud y conduciendo a su meta todo lo que está depositado como virtualidad en el interior de la historia del mundo y en la de cada persona. Nuestros propios esfuerzos de crecimiento no se perderán. Con ellos vamos dándole una forma concreta, aunque imperfecta, al cielo futuro. Pero serán reasumidos por Dios que los hará desembocar en su objetivo final”. (Idem, p 78)

- **Imágenes bíblicas del cielo:**

Las imágenes bíblicas del cielo son muchas: “reino de Dios, vida eterna, paz, alegría, casa paterna, día sin ocaso, gloria celestial, banquete celestial, banquete nupcial, satisfacción sin tedio, visión beatífica, luz, armonía... Me interesa destacar éstas:

• ***El cielo como banquete nupcial:***

Esta imagen nos remite a dos instintos básicos: al instinto de nutrición y al instinto sexual, y con ellos a la convivencia, la alegría, la abundancia, el amor, la donación... El cielo será un “banquete de bodas”, sin riesgo de orgía ni contraste con la mesa del pobre.

- ***El cielo como visión beatífica:***

No debemos imaginar ese ver a Dios estáticamente; no son los ojos los que ven más en el hombre. Ver supone conocer, sentir y manifestarse inmediatamente sin ningún tipo de mediación despersonalizadora. Ver es amar en profundidad. Cuando te digo que te quiero ver, entiendes que te amo muchísimo. ... Cuando alguien ve a la persona que ama, no la ve con los ojos; participa totalmente del estar juntos, del abrazo, de la intimidad, de los intereses y de las preocupaciones. El cielo consiste en la máxima potenciación de esta experiencia que ya hacemos aquí en la tierra aunque de forma deficiente.

- ***El cielo como victoria (en el lenguaje de hoy, nos resulta más cercano el concepto de “realización”):*** (1 Cor. 9, 25) – (Sant. 1, 12) – (Apoc. 2, 11; 2, 26; 22, 16; 3, 5; 3, 21).

*“Al que venciere le daré del maná escondido y le entregaré una piedra blanca. En ella está escrito el nombre nuevo que ninguno conoce sino aquel que lo recibe”. (Apoc. 2, 17). “Nos llamará con el nombre que nos hace vibrar hasta los últimos escondrijos de nuestro ser. Será el nombre de su amor hacia nosotros. Oiremos la Palabra que Dios eternamente pronunció cuando nos llamó, eternamente, a la existencia”. (Idem, p 84).*

- ***El cielo como reconciliación total:***

*“El lobo será huésped del cordero, la pantera se echará al pie del cabrito, el toro y el león pastarán juntos y un niño los conducirá. La vaca y el oso confraternizarán, sus crías reposarán juntas y el león comerá paja como un buey. El niño de pecho jugará junto a la hura de la víbora y el pequeño meterá la mano en la cueva del escorpión”. (Is. 11, 6-9).* El Apocalipsis (21) promete un cielo nuevo y una tierra nueva donde ya no habrá muerte, ni luto, ni clamor, ni dolor, porque todo eso ya ha acabado (21, 4). En la ciudad de Dios no habrá necesidad de sol ni de luna porque la gloria de Dios la iluminará”. (21, 23). Todo será como una admirable sinfonía en la que la diversidad de tonos y de notas se articulará en una música divina e indeciblemente armoniosa”.

- ***El cielo en cuanto “Dios todo en todas las cosas:***

“Las cosas seguirán siendo cosas, los hombres seguirán siendo hombres, pero intuiremos que el sentido profundo de todos los seres es Dios mismo. Él constituye la luz con la que veremos todo, la fuente de la que todo mana y el amor que todo lo sustenta y atrae”.

- ***En el cielo seremos todos Cristo:***

“En la fe de los cristianos, Jesús es la *Torá* en persona, y la **santificación** se realiza por tanto en la comunión del querer y del ser con Él”. -Benedicto XVI, en Jesús de Nazaret.-

“Si Dios se encarnó es porque el hombre “podía” ser asumido por Dios. Jesús es un hombre como nosotros; es nuestro hermano. Eso significa que tanto en Él como en nosotros existe

la posibilidad de llegar a ser asumidos por Dios. Nuestra naturaleza espiritual es en consecuencia una estructura capaz de infinito". (...) Esto constituye la vocación definitiva del hombre y su misterio más profundo. Quedará hasta tal punto inserto en el misterio del mismo Dios que nuestra historia será una articulación de la propia historia de Dios. El significado de estas palabras casi se nos escapa". (Boff en "Hablemos de la otra vida", pp 87-88).

- ***El cielo ¿un descanso?:***

"Jamás seremos como Dios pero podremos parecernos cada vez más a él a medida que penetremos en su Misterio y se nos vaya revelando la profundidad sin límites de su Amor.

En el cielo se producirá la complejidad de todas las paradojas: será un dinamismo en el descanso, tranquilidad en la actividad, paz en el movimiento de la novedad, crecimiento sin perder nada del pasado. *"Allí descansaremos y veremos. Veremos y amaremos. Amaremos y alabaremos. Esta es la esencia del fin sin fin. Pues ¿qué puede ser más nuestro que el llegar al reino que no tendrá fin?"* (S. Agustín, De civ. Dei, 30, 5)". (Idem, 89).

- ***Es importante no olvidar que "el cielo empieza en la tierra":***

"El cielo es la potenciación de lo que ya experimentamos en la tierra. Cada vez que en la tierra hacemos la experiencia del bien, de la felicidad, de la amistad, de la paz y del amor, ya estamos viviendo, de forma precaria pero real, la realidad del cielo". (Idem, p 90).

Sabemos que *"ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a Él, porque lo veremos tal cual es. Todo el que tiene esperanza en él se purifica a sí mismo, como él es puro"*. (1 Carta de S. Jn. 3, 1-3)

Por eso nos deseamos todos, tal como lo expresa San Pablo hablando a los efesios, *"Que el Dios de nuestro Señor Jesús*

*Mesías, el que posee la gloria, os dé un saber y una revelación interior con profundo conocimiento de él; que tenga iluminados los ojos de vuestra alma, **para que comprendáis qué esperanza abre su llamamiento, qué tesoro es la gloriosa herencia destinada a sus consagrados y qué extraordinaria su potencia a favor de los que creemos, conforme a la eficacia de su poderosa fuerza***". (Ef. 1, 17-18).

Con la esperanza de hoy, plenamente cumplida, "de pie ante el trono y ante el Cordero, vestidos de blanco y con palmas en la mano, aclamando a gritos", participaremos en la escena que describe el Apocalipsis (7, 11 y 12):

*"Todos los ángeles que estaban de pie rodeando el trono, los ancianos y los cuatro vivientes, cayeron rostro en tierra ante el trono y rindieron homenaje a Dios, diciendo:*

**Amén.**

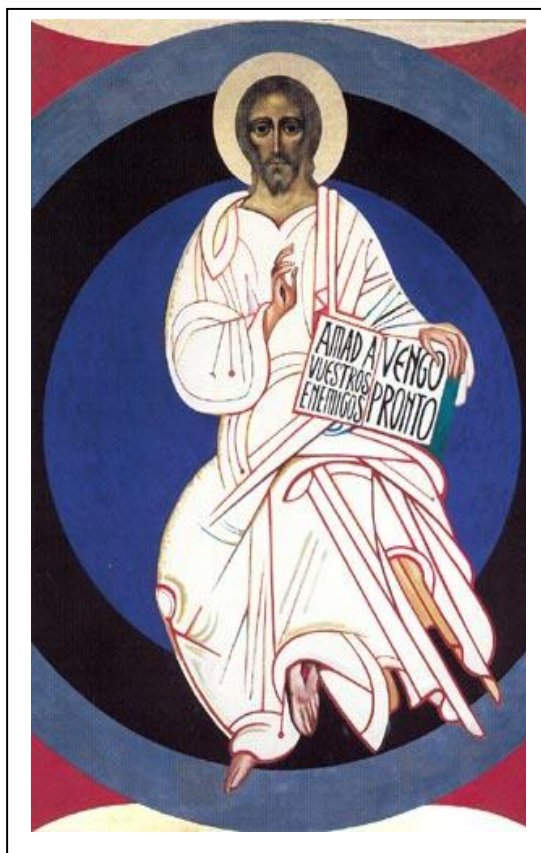
*La alabanza, la gloria, la sabiduría, las gracias, el honor, la potencia y la fuerza se deben a nuestro Dios, por los siglos de los siglos!*

**Amén".**

**Pedro Pérez**

*-En las fiestas de Todos los Santos y de los Fieles Difuntos,*

*1 y 2 de noviembre de 2012-*



*Al que nos ama, y nos ha absuelto de nuestros pecados por la virtud de su sangre, y nos ha hecho reyes y sacerdotes de Dios, su Padre, a Él la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén”.*

*(Apoc. 1, 5-6)*

“La resurrección de Jesús ha consistido en un romper las cadenas para ir hacia un tipo de vida totalmente nuevo, a una vida que ya no está sujeta a la ley del devenir y de la muerte, sino que está más allá de eso; una vida que ha inaugurado una nueva dimensión de ser hombre.

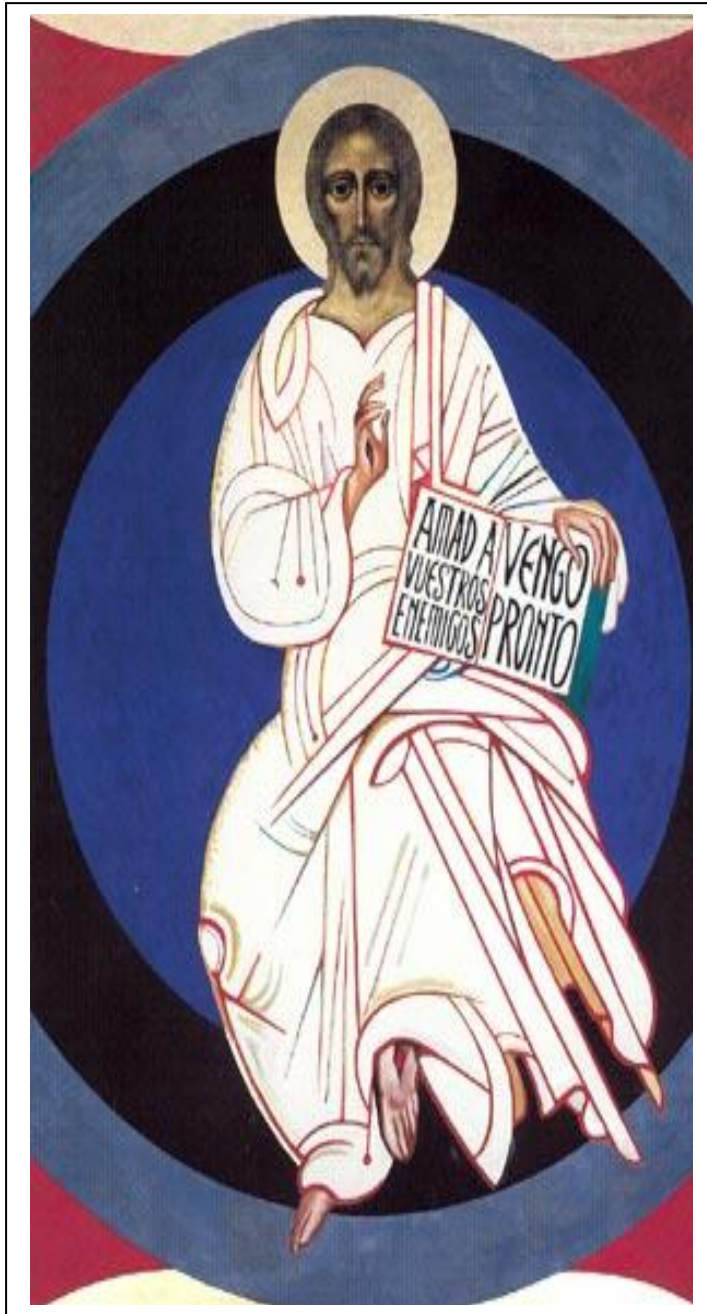
En la resurrección de Jesús se ha alcanzado una nueva posibilidad de ser hombre, una posibilidad que interesa a todos y que abre un futuro, un tipo nuevo de futuro para la humanidad.

La resurrección de Cristo es un acontecimiento universal o no es nada, viene a decir Pablo en (1 Co. 15, 16.20). Y sólo si la entendemos como un acontecimiento universal, como inauguración de una nueva dimensión de la existencia humana, estamos en el camino justo para interpretar el testimonio de la resurrección en el Nuevo Testamento.

Él ha entrado en una vida distinta, nueva; en la inmensidad de Dios y, desde allí, Él se manifiesta a todos los suyos.

La creación, en el fondo, ¿no está en espera de esta última y definitiva “mutación“, de este salto cualitativo definitivo? ¿Acaso no espera la unificación de lo finito con lo infinito, la unificación entre el hombre y Dios, la superación de la muerte?”

*-Benedicto XVI en JESÚS DE NAZARET-*



**¡Marana tha!**

*¡Ven, Señor Jesús!*

“Bienaventurados son aquellos que creen que hay un mundo que cambiar y no una vida que vivir. Los que valoran más la relación que la posesión. Los que viven el júbilo de cada día, no el ansia de cada día. Los que llenan el corazón de nombres antes que de posesiones y cuentas corrientes. Los que optan por amar y no por ser ricos. Los que no se encogen de tristeza, ni se esconden en el aislamiento. Los que practican la solidaridad o el apostolado y trabajan a fondo perdido. Los que cumplen lo que es de consejo y no sólo lo mandado, el espíritu y no sólo la letra. Los que se fijan más en lo que une que en lo que separa. Los que perdonan, se reconcilian y miran siempre adelante. Los que construyen puentes y no zanjas o trincheras. Los que siempre aman”.

-Francisco Martínez-